

Impune exterminio de tortugas en Guerrero

■ ANGELICA ENCISO L. / I

ENVIADA

PLAYA SAN VALENTIN, GRO. La luna ilumina las huellas que deja en la arena el cuerpo de más de media tonelada de la tortuga laúd, que sale del mar para depositar un centenar de huevos en una oquedad que abre en la playa. Al acecho podría haber depredadores, pero en esta ocasión son cuatro voluntarios que en la penumbra esperan que el quelonio vuelva al océano para proteger su obra: sacan las esferas blancas y las llevan a un refugio. Pero no siempre es así.

Muchas veces, antes de que los 25 voluntarios del Campamento Tortuguero San Valentín lleguen, los saqueadores caen sobre los nidos e incluso la tortuga —que está en peligro de extinción— es sacrificada. La premu-

Ausencia de Semarnat y pobreza propician matanzas en San Valentín; un grupo de voluntarios salva huevos

ra para sustraer el botín los lleva a destazar el animal: le cortan las aletas y lo vacían. Luego huyen en la oscuridad para entregar los huevos a los intermediarios. Por cada docena les dan diez pesos, pero en caso de ser detenidos por cometer este delito ecológico podrían pasar hasta 10 años en la cárcel.

Entre la bruma que cubre las rocas hay dos quelonios muertos con marcas de un trasmallo en el pecho. Perecieron al quedar atrapados en las redes de barcos camareros que carecen de los disposi-

tivos excluidores de tortugas que ordena la ley. Cuando los reptiles quedan apresados en las mallas se asfixian, porque no pueden salir a la superficie a respirar.

La ausencia de vigilancia oficial en este litoral de 23 kilómetros es patente. Sólo a fines del año pasado aparecieron por aquí algunos funcionarios, luego de que se supo de la matanza de centenas de tortugas en este sitio; aún hay restos de 109 caparazones revueltos con basura, botellas de plástico y piedras.

A la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (Profepa) sólo se le conoce por un letrero, pero ningún vigilante se ha parado por este sitio; ni siquiera está registrado entre las 147 zonas de anidación de los reptiles, a pesar de que en este momento —fin de la temporada— hay alrededor de 2 mil huevos de golfina y laúd en el campamento y cada semana se liberan algunas crías.

La Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) informó hace dos meses que las caparazones tenían una antigüedad de uno a cuatro años: “Se procedió al enterramiento de los mismos, se están haciendo los recorridos cada tres o cuatro días para conocer el grado de intensidad de la actividad en la playa actualmente, para fijar estrategias. Es una playa secundaria de anidación”.

Sin embargo, los testimonios de los pescadores y de los voluntarios del campamento reflejan otra situación. “En un año se recolectaron 24 mil huevos, aunque por el mal tiempo se perdieron 10 mil. La ayuda oficial no existe; el ayuntamiento no nos apoya. Del gobierno federal nadie se ha parado por aquí, a los vigilantes de la Profepa ni los conocemos. Nos dieron dos cuatrimotos, pero no tenemos dinero para la gasolina. Necesitamos cinco mil pesos al mes para mantener el campamento. Hacemos lo que podemos”, señalan.

Armados de hambre

En estos días todavía llegan quelonios al litoral. En dos meses terminarán de salir de los huevos las crías negras con puntos grises que buscarán el mar y, con suerte, algunas llegarán a la adultez, si antes no sirven de alimento a otras especies marinas.



JOSE CARLO GONZALEZ

Restos de algunas de las 109 tortugas de las especies laúd y golfina que fueron sacrificadas en las playas de San Valentín